

Entrevista a Enrique Banús Irusta

De las corrientes de personas, ideas e influencias

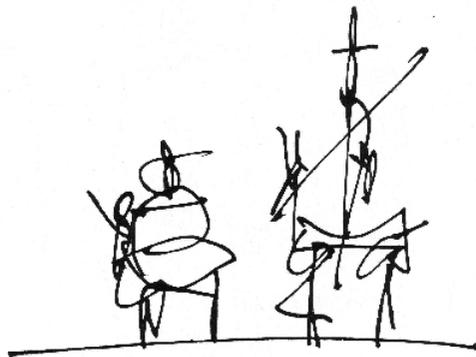


Especialista en literatura comparada y diálogo cultural, Enrique Banús Irusta se ocupa de la vida literaria en todas sus manifestaciones, del lenguaje como forma de conocimiento y de la cultura como pilar de la integración europea. Es, precisamente, por esta última competencia que ha sido nombrado presidente mundial de la Asociación de Estudios sobre la Comunidad Europea (AECE/ECSA). Esto lo convierte en un excelente interlocutor para reflexionar con Puente@Europa sobre los múltiples matices de las relaciones culturales entre América Latina y Europa.

Puente@Europa (P@E): Cuenta Serge Gruzinski en su texto *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*¹ que “en 1605, los libreros castellanos expidieron la mayor parte de la primera edición de *Don Quijote* al Nuevo Mundo, cerca de trescientos ejemplares para la Nueva España y un centenar para Cartagena de Indias. Una parte de la tirada desapareció en los

nafragios ocurridos a lo largo de La Habana y de Santa Margarita, pero por lo menos sesenta y dos ejemplares de la novela de Miguel de Cervantes llegaron a Lima [...]”. Nos quedamos con la curiosidad de saber en qué contexto se dio esta extraordinaria historia. ¿Cuál era el grado de circulación de las obras literarias españolas en el Siglo de Oro y qué rol tenía Hispanoamérica en los circuitos de circulación de estas obras?

Para empezar, debo decir que no soy experto en el tema que se me plantea, si bien me interesa mucho una visión de la cultura (y, por ende, de la literatura) que no se obsesiona con la “creación”, sino que atiende también a los demás factores que configuran la vida cultural o literaria –concepto, el de vida, por cierto, que considero muy adecuado para describir toda la dinámica de la cultura. En ese sentido, la recepción ha captado una cierta atención, pero todos los procesos de mediación –todo lo que ocurre entre la creación y la recepción– configuran un mundo fascinante que no se estudia mu-



cho. Un mundo en que suceden cosas como la que describe Serge Gruzinski.

En cuanto a la pregunta concreta habría que distinguir entre períodos dentro del Siglo de Oro y géneros. Por ejemplo: sabemos que el teatro de Lope de Vega ni siquiera se pensó para ser editado y que su difusión era puramente teatral, es decir, en la propia representación. Y ahí nos encontramos con un fenómeno que a mí muchas veces me ha llamado la atención: se dice (véase el estudio de Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*²) que había pocos lectores, que sólo leían los hidalgos, clérigos, hombres de letras y pocos más. Sin embargo, el teatro de Lope (considerado “popular”) tenía éxito; y sólo se entiende, en buena parte, si se dispone de una cierta cultura literaria, que sabe apreciar juegos de palabras, temas y personajes. Por tanto, debemos partir de la base de una difusión lectora limitada, pero de un público más amplio que *escuchaba* literatura (y no sólo teatro) leída en voz alta.

Ahora bien, sabemos que, al menos en el espacio europeo, se difunden obras importantes de la literatura del Siglo de Oro: novelas de caballerías, el propio *Quijote*, picaresca, literatura ascética... En cuanto a América, no hay que olvidar que desde el siglo XVI en las Indias se abren universidades, colegios e imprentas. Es decir: se cuenta desde fecha temprana (en 1551 hay universidades, en 1539, imprenta) con elementos muy importantes para la difusión de la cultura. Por supuesto que estos medios no están al alcance de toda la población, pero tampoco habría que olvidar toda esa otra transmisión oral de la que hablaba antes: aquí, los misioneros ocupan un papel importante; cuando predicán, no sólo transmiten la doctrina, sino que también cuentan historias – está muy asentada en su mente la convicción de que una historia vale más que mil teorías...

P@E: Entre Europa e Hispanoamérica empezaron a viajar, después de la conquista, barcos, personas, mercaderías, plata, armas, libros, lenguas. ¿Cuál de estos factores, en su opinión, contribuyeron más a forjar los vínculos entre los dos continentes?

Me parece que no se puede establecer una lista por orden de importancia: la vida es una y en la vida todo se une: el comercio lleva cultura, las personas venden y compran, espadas y libros. Es un conjunto, variopinto como la vida misma, en que se van creando lazos... y se van creando rechazos, se van superando prejuicios y se van estableciendo inclusiones y exclusiones. La lengua, una lengua vehicular, es sin duda un factor muy importante. Pues una lengua también transmite una visión del mundo, une... y separa. Es toda la complejidad de la vida cultural –que va unida con la vida política, la vida económica, la vida social, la vida religiosa– lo que hace tan fascinante los procesos de encuentros entre culturas.

P@E: Usted es presidente de ECSA, la Asociación de Estudios sobre la Comunidad Europea, y, al mismo tiempo, especialista en historia de la cultura. Son inevitables entonces algunas preguntas sobre estos dos temas. La primera se refiere al hecho singular de que en las dos décadas posteriores a la independencia se desarrolla un discurso integracionista muy fuerte en toda Hispanoamérica, no sólo por parte de Bolívar. Claro está que no

hay patrias ni naciones y que los próceres tienen frente a ellos los órdenes estamentales de la Colonia. Así es que resulta casi “natural” pensar en términos de una gran federación, si no se quiere pensar en patrias chicas, locales y localistas. Y, sin embargo, parece haber algo más en esta utopía, una hermandad de hecho en lo que los pueblos del continente han vivido y, de otro lado, una utopía hacia el futuro. ¿Qué rol juega, a su parecer, el motivo cultural y del lenguaje común en esta utopía?

No cabe duda de que un lenguaje y una cultura comunes, en esos momentos, facilitan mucho el pensar en un desarrollo integrado. Sin embargo, los particularismos, los intereses egoístas, las intrigas y facciones serán más fuertes que la cultura y darán al traste con cualquier proyecto de integración. En Europa, sólo tras el desastre de las guerras del siglo XX se iniciará un proyecto de integración –partiendo de la diversidad y respetando la diversidad. Es paradójico: aquí [en Europa], será el interés político (apoyado por un clamor social muy fuerte, que pide que no vuelva a haber una guerra) el que supere las diferencias; allí [en América Latina], serán los intereses políticos los que destruyan la posibilidad de integración. Es la diferencia entre hombres de estado y simples políticos, entre quienes se ven llamados –como políticos– a servir al bien común y quienes llaman a la política para que sirva a sus intereses.

P@E: ¿Cuál fue el peso de las tradiciones europeas (en temas jurídicos, políticos y, tal vez, culturales) en la creación de los estados independientes hispanoamericanos? ¿Se puede hablar de modelos prevalecientes de asimilación (copia, interpretación, rechazo) o fueron todas historias singulares?

El estado moderno es una creación europea. La idea de independencia (“soberanía” llevada hasta el final) es una creación europea. Están enraizados ambos conceptos en la Modernidad, en fases diversas: en el Renacimiento uno, en el Romanticismo (y la Ilustración también, aunque parezca contradictorio) otro. Son visiones que tienen éxito. Las élites hispanoamericanas las conocen perfectamente: han estado en Europa o tienen importantes contactos europeos... hay un trasvase de personas, de ideas, de influencias. Se rechaza la dependencia con respecto de Europa (en realidad, no es de Europa, sino de un país concreto) con ideas que vienen de Europa. Es Europa la que proporciona el marco conceptual para desligarse (políticamente) de Europa. Dicho esto de forma simplificada y tendiente a mostrar la paradoja: el asunto, obviamente, es más complejo y entran en juego personas, grupos, sociedades. Pero no viene mal señalar las líneas de fuerza y ver que, cuando se establecen lazos, esos lazos actúan también en formas inesperadas.

Notas

¹ Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, Paris, La Martinière, 2004, p. 62.

² Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976.